

INNOVADORES

Una historia por hacer

Tomás Straka

El rebautizo de empresas estatizadas o establecidas por el gobierno, con nombres que evocan episodios del siglo XIX, aporta pistas sobre una forma de entender la historia venezolana, la sociedad y la economía. Las historias de diez innovadores venezolanos, en áreas distintas de trabajo y creación, esperan ofrecer la base para una relectura de la historia y del proyecto de sociedad.

EL NOMBRE de una empresa suele indicar la actividad económica que desempeña, sobre todo si es estatal. Por eso, si remite a acciones bélicas —como la fábrica de tubos «Batalla de El Juncal» o la refinería «Batalla de Santa Inés»— o a una heroína —como la planta termoeléctrica de Tocoa rebautizada «Josefa Joaquina Sánchez», más que heroína en realidad la esposa de un héroe, José María España, fundamentalmente recordada como “la bordadora de la primera bandera de Venezuela”— hay motivos para pensar que sus objetivos (¿su razón social?) se enmarcan en algo que va más allá de la simple y tediosa tarea de hacer tubos, refinar petróleo o generar electricidad. Estamos ante los casos en los que una determinada filosofía de la historia interviene directamente en los procesos gerenciales y de administración.

Si bien los tres nombres son inspiradores y sin duda remiten a ejecutorias dignas de recordación, no están, obviamente, en el ámbito de hacer tubos, refinar petróleo o electrificar un

país. En todo caso remiten al esfuerzo más amplio (heroico) de cambiar una sociedad. Y no desde lo que una empresa puede hacer buenamente al respecto, sino desde una revolución. Que la cultura empresarial sea capaz de cambiar a un colectivo ya se ha demostrado (por poner un ejemplo cercano, veamos a las compañías petroleras en Venezuela). Que las operaciones y la organización de una empresa pueden servir de ensayo para superar el capitalismo, también: ¿no fue lo que intentó con razonable éxito Robert Owen? Ahora, que quienes dirijan tal empeño no encuentren una sola inspiración atendible después de la Guerra Federal ya es otra cosa. Por ejemplo, una cierta idea de la historia (la Historia Patria, en sentido decimonónico), por la cual después de la Independencia, salvo el fogonazo de la Guerra Federal, no hay nada digno de auténtica mención.

Según este discurso, la larga y oprobiosa cuarta república, desde 1830 hasta 1998, de la cual sólo venimos a salir ahora, fue la antítesis de la gran-

deza a la que nos tenían destinados los Libertadores. Por supuesto, ello no explica bien que las empresas rebautizadas —salvo la Refinería Batalla de Santa Inés, que al cabo no termina de arrancar— hayan sido hechas precisamente durante ese período, o que la legislación de base e incluso los grandes organismos estatales que las administran también lo fueran (Pdvsa o La Electricidad de Caracas). Del mismo modo, estos nombres hablan de toda una cierta idea de revolución, según la cual sólo los cambios radicales, y de aliento más o menos socialista, son revolucionarios. De otro modo no se explicaría que desde la Batalla de Santa Inés no haya habido en Venezuela químicos, ingenieros metalúrgicos, gerentes públicos o privados, dirigentes obreros, incluso obreros sin otra figuración que la de haber sido «héroes del trabajo», incluso en el sentido soviético, para nombrar a estas plantas.

Porque el punto es que, naturalmente, los ha habido. El problema, repetimos, es la filosofía de la historia

Tomás Straka, historiador y profesor de la Universidad Católica Andrés Bello.

con la que se les evalúa. Basta con un rápido arqueo para encontrar unos varios. Todo indica que en cuanto se hagan investigaciones sistemáticas de historia empresarial, aparecerán muchos más. El problema es que no siempre confirman la versión de la historia y de la revolución que se ha propuesto. Muy pocos —en realidad ninguno de los encontrados, pero es posible que los haya, por ejemplo, en el mundo del cooperativismo y del mutualismo— evocan valores como los que pudo encerrar la famosa fábrica «Octubre Rojo» de Stalingrado (por cierto, fundada también por el capitalismo antes de la revolución bolchevique). Muchos fueron empleados de compañías extranjeras a las que, redondamente, podría calificarse de imperialistas. Otros fueron «expatriados» —en el sentido insólito que le dan las transnacionales a la palabra— de esos países imperialistas; y otros representan ejemplos alentadores (porque no siempre lo son tanto) de la iniciativa privada nacional. Muy pocos se plantearon cambiar la

Ni siquiera la presencia del Estado (como socio, financista, muchas veces ejecutor de proyectos, y no pocas veces como salvador de inversionistas fallidos o deshonestos) o la del trabajo obrero (que está por estudiarse: también hace falta una historia sistemática de la clase obrera) y las luchas sindicales (que en ocasiones fueron verdaderas épicas ante compañías algo más que explotadoras) ofrece matices radicalmente alternativos al proceso. De cualquier forma, si nos sustraemos de las gringoladas ideológicas —de la naturaleza que sean, no sólo las de una determinada versión del socialismo— son historias que urge investigar (afortunadamente ya hay algunos trabajos al respecto) para tener una idea más clara de lo que somos capaces, de nuestros logros, fracasos y potencialidades, más allá de ganar batallas en la sabana.

Innovadores criollos

Este ejercicio de historia de la innovación tecnoindustrial en Venezuela se basa en diez casos (¿diez posibles

del Táchira en 1878, Manuel Trujillo Durán (que introdujo el cine tan temprano como 1897), la primera emisora de radio en 1926, la Mene Grande Oil Company (que compró los equipos IBM en 1938), la primera planta de tarjetas perforadas también de IBM establecida en Caracas en 1941, Miguel Sapkoski con la primera cámara televisiva en 1946 o lo que representó para la sociedad venezolana la labor difusora de Edgar J. Anzola de los equipos radioeléctricos, discográficos y fotográficos. La idea es que sean inventos o descubrimientos venezolanos, al menos en buena medida. No obstante, el más venezolano de los inventos y el más criollo de los inventores, la orimulsión y Juan Félix Sánchez, no aparecen. En el caso de la orimulsión, el hecho de que el gobierno haya suspendido su producción, poniendo en duda su viabilidad económica y ecológica, así como los debates que se generaron, recomiendan prudencia al respecto. Con o sin razón, el hecho de que se haya dejado de producir le impide pasar la prueba del éxito en su comercialización. En el caso de Juan Félix Sánchez, su fama es tal que resulta preferible dar paso a personajes menos trajinados. También fueron excluidos los románticos inventores criollos que durante el siglo XIX patentaron los productos de su ingenio, sin mayores consecuencias comerciales e industriales, ya estudiados por José Luis Bifano en su clásico *Inventos, inventores e invenciones del siglo XIX venezolano* (Fundación Polar, 2001).

El médico afortunado

El primer caso es el más exitoso y, visto desde la perspectiva actual, también el más inquietante. Su descomunal éxito, combinado con un entorno político inestable y violento, hizo que la marca finalmente se marchara del país. Se trata del Amargo de Angostura, inventado en 1824 por el médico alemán Johann Gottlieb Benjamin Siebert (1796-1870) en la ciudad que le dio el nombre. Tuvo el prodigio de convertirse en una marca que hoy se llamaría global ya en la década de 1860. Siebert llegó contratado como cirujano del Ejército Libertador. Después de la guerra, se estableció y se casó en la ciudad guayanesa (capital de la Gran Colombia para cuando arribó), al tiempo que ejercía su profesión. Buscando una medicina para los problemas gástricos, sobre todo para los mareos de quienes desembarcaban en el puerto, combinó

En Venezuela ya se demostró que la cultura empresarial es capaz de cambiar a un colectivo. Un ejemplo cercano: las compañías petroleras

sociedad, por mucho que a veces lo hicieran. Sus valores no fueron los de la revolución, sino los muy desabridos de la ética burguesa, en el sentido no peyorativo del término: el trabajo, la inversión y el ahorro (aunque seguramente los ha habido revolucionarios y emprendedores). Quizá por eso a algunos les resulte mejor borrarlos y conectar la industria actual con las cargas de caballería de hace dos siglos; hacerlas herederas de los fognazos de aquellas batallas, y no de quienes las planificaron, diseñaron, construyeron y, con toda seguridad, sabían más de petróleo y de hierro que los generales Zamora y Piar.

Sus casos podrían resultar en una historia del capitalismo que Venezuela luchó por construir desde que se hizo república independiente; y no precisamente para resaltar sus contradicciones, injusticias y fracasos, que los tuvo, y muchos, sino para hablar de algunos de sus éxitos más notorios. Siempre existe la posibilidad de centrar la atención en la historia de las disciplinas en sí —geología, petroquímica, metalurgia— y en sus aspectos técnicos, aunque es difícil desligarlos de los financieros y gerenciales que las hicieron posibles.

epónimos?) en los que venezolanos (o extranjeros en Venezuela) hicieron alguna innovación y fueron capaces de comercializarla con éxito, o bien sentaron las bases para que esto fuera posible con su trabajo en investigación y docencia. Es una incursión preliminar que se da por satisfactoria si detona otras inquietudes; no sólo se aceptan, se imploran sugerencias. El autor se declara lego en el área industrial y gerencial; y fundamentalmente, lo mueve el deseo de encontrar un nuevo filón para entender la historia de su país (y acaso proponer una alternativa: otros epónimos posibles). Lamenta no haber dado, inicialmente, con nombres de obreros que seguramente fueron esenciales con su pericia, fuerza e imaginación, para el éxito de estas iniciativas; y propone su búsqueda (como algunos ya están haciendo con historias de vida de petroleros), porque la historia (incluyendo la de las empresas), siempre debe ser la de todos.

Un par de advertencias más: de la lista se excluyen casos en los que se trajo al país una tecnología, por mucho que hayan sido iniciativas privadas (y después también estatales) que nos cambiaron la vida, tales como Petrolia

varios de los productos botánicos que por ahí se exportaban, en especial la sarrapia, hasta crear el producto. Para su inmensa fortuna, rápidamente se le dio un uso distinto al medicinal, para preparar bebidas y comidas. En 1830

La vida de nuestros hombres y mujeres de empresa son historias que urge investigar, para tener una idea más clara de lo que somos capaces, de nuestros logros, fracasos y potencialidades, más allá de ganar batallas en la sabana

empezó a exportarlo a Inglaterra. Según se cuenta, en 1862, en una exhibición en Londres mezcló unas gotas del amargo con ginebra. Aquello fue una sensación y las ventas se dispararon. Aunque Siegert murió en Ciudad Bolívar (nombre que asume la ciudad en 1846), en 1875 sus descendientes mudan la firma —J. B. Siegert & Sons— a Trinidad, donde aún se elabora el producto. Angostura es, probablemente, la única localidad venezolana cuyo nombre resuena todos los días en todo el mundo.

Los best-sellers continentales

En 1854 aparece en dos ediciones, en Caracas y Nueva York, el más famoso y vendido de los libros que venezolano alguno haya escrito: el Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos de Manuel Antonio Carreño (1813-1874). Aunque no es una innovación tecnológica o un producto industrial, responde a la doble condición de «invento» venezolano y de gran éxito en su comercialización. Más cercano a los criterios propuestos y, como el amargo angostureño, también asociado a la herbolaria nacional, es el segundo libro más vendido de un autor venezolano: Colección de medicamentos indígenas de Gerónimo Pompa, publicado en Caracas en 1868. Jamás se imaginó la resonancia que tendría el libro. Para 1997 ya tenía cincuenta ediciones en distintos países de Latinoamérica.

El caso clásico

De Ricardo Zuloaga (1867-1932) es mucho lo que se ha escrito. La fundación de la Compañía Anónima Electricidad de Caracas y el establecimiento de la planta hidroeléctrica de El En-

cantado, Petare, en 1897, así como el buen nombre que logró por su honorabilidad y filantropía, lo han convertido en el modelo por antonomasia de emprendedor en Venezuela. No obstante, su inclusión en la presente lista podría generar discusión, ya que el invento no es suyo. Se le ha incluido por dos razones: era una tecnología aún en fase relativamente experimental (la primera central hidroeléctrica se había construido en 1880), lo cual significa que en el diseño y la construcción debió guiarse en gran medida por su ingenio; y fue, hasta donde se pudo averiguar, la primera central hidroeléctrica de Latinoamérica. Esto coloca a Zuloaga como pionero de la hidroelectricidad, en cuanto tecnología e iniciativa empresarial, en el ámbito global.

La primera gran marca comercial

Aunque el Amargo de Angostura es, en rigor, la primera marca venezolana de renombre en el exterior, el hecho de que la empresa emigrara y su mercado se viese relativamente restringido a la coctelería, dejan al Ponche Crema, creado en 1900 por el químico y perfumista Eliodoro González (1871-1923), como la primera patente nacional en hacer un gran éxito comercial. No es que no haya otras marcas de la época que se mantengan hasta hoy. Un fenómeno digno atención es Diablitos Underwood, que comenzó a comercializarse en 1896, según la página de internet de General Mills, cuando un

político venezolano (¡que no nombra!) lo probó en Boston y lo trajo al país. Tan venezolano se hizo —como la probable causa de su éxito: su maridaje con la arepa— que hoy la marca sólo se comercializa en el país. Otro fenómeno sería el de la Emulsión de Scott, cuya presencia en la publicidad se encuentra a finales del siglo XIX. No obstante, su fama es de carácter más general en Latinoamérica, producto de una estrategia que desde 1880 se planteó conquistar la región, empleando incluso a un latino para que dirigiera la campaña. Pero, a diferencia de ellos, el Ponche Crema es un producto nacional, típico de su época, cuando se comercializaron numerosos ponches y cremas de licores, y fue el único que sobrevivió hasta hoy.

El mapa del nuevo país

Poco a poco se ha ido revalorizando la importancia de Ralph Arnold (1875-1946) en la historia de Venezuela. Este ingeniero estadounidense fue contratado por la empresa General Asphalt, cuyo apoderado, Rafael Max Valladares, recibió en 1910 una inmensa y aún polémica concesión petrolera —la famosa «Concesión Valladares»— que atravesaba el país. La idea de Valladares era vendérsela a la Royal Dutch Shell; y la misión de Arnold, determinar su potencialidad. Con un equipo de geólogos recorre el territorio y elabora, en 1912, un informe trascendental, porque pone a Venezuela en el mapa petrolero mundial y convence a Sir Henry Deterding de comprar la concesión. Dos años más tarde supervisa la perforación del pozo Zumaque I, en Mene Grande, donde el 31 de julio de 1914 comienza la explotación petrolera en el país. Con razones en buena medida justificadas, la historiografía venezolana siente aprehensión frente a la Concesión Valladares o frente a la General Asphalt (dueña también de la New York & Bermúdez Co.), como expresiones de la corrupción del gomecismo

TIROS EN LA CARA: EL DELINCUENTE VIOLENTO DE ORIGEN POPULAR

ALEJANDRO MORENO, ALEXANDER CAMPOS, MIRLA PÉREZ Y WILLIAM RODRÍGUEZ



Ediciones



0212-555.42.63
edies@iesa.edu.ve

El delincuente venezolano ha cambiado y las causas sociales que generan la violencia se han profundizado. *Tiros en la cara*, una obra del Centro de Investigaciones Populares, analiza con métodos novedosos (como entrevistas a los propios delincuentes) esta tragedia nacional y ahonda en el sistema de significados de la familia popular venezolana.

y su connivencia con el imperialismo. Igualmente se siente indignada ante las condiciones iniciales de la industria petrolera, pero eso no borra la importancia de un hombre cuya actuación ha influido por casi un siglo en la vida de cada uno de los venezolanos.

Un maestro

En 1929 Luis Caballero Mejías (1903-1959) egresó de la Escuela de Artes y Oficios de Santiago de Chile. Cuando vuelve a Venezuela, con una formación por encima del promedio, rápidamente es contratado en los astilleros de Puerto Cabello. Después pasa al sector ferrocarrilero. En ambos casos constata el tremendo problema de no contar con mano de obra calificada y empieza a preocuparse por la educación técnica. En 1935 es nombrado director de la Escuela de Artes y Oficios de Caracas, para la que propone dos años después el nombre de Escuela Técnica Industrial: la educación tendría que

dial impedía importar manufacturas, al tiempo que la economía petrolera permitía una expansión del consumo. Eso motivó a varios inversionistas a montar fábricas que atendieran necesidades inmediatas. Rápidamente, no obstante, la Cámara de Industriales de Caracas percibe el problema que ya había identificado Caballero Mejías en los astilleros: no hay personal calificado. Así nace, por iniciativa empresarial, el proyecto de la Escuela Química Industrial, que se inaugura finalmente en 1943. El director no podía ser otro que Loero Arismendi. Hoy la institución lleva su nombre.

La modernización de la arepa

Si una revolución transformó la cotidianidad de los venezolanos fue la harina de maíz precocida que, en 1960, sacó al mercado Empresas Polar bajo la marca PAN. Era el resultado de una carrera en la que participaron distintas iniciativas e investigadores, pero hubo

El Amargo de Angostura, inventado en 1824 por el médico alemán Johann Gottlieb Benjamin Siegert en la ciudad que le dio el nombre, tuvo el prodigio de convertirse en la década de 1860 en una marca que hoy se llamaría global

ponerse a tono con una sociedad que quería pasar de la limitada producción artesanal a la industrial. Se convierte en un experto en el área y es nombrado director de Educación Artesanal y Comercial en 1958, pero la muerte lo sorprende un año después. Durante su gestión empieza la edad de oro de la educación técnica, que formó peritos y técnicos esenciales para el proyecto de industrialización que se llevaba adelante en el país.

Otro maestro

El caso de Rodolfo Loero Arismendi (1896-1987) es similar. Primer odontólogo de la Universidad Central de Venezuela, luego químico egresado del Instituto Químico de Sarriá (en Barcelona, España) y, ejerció la docencia a nivel medio y superior (UCV, Pedagógico de Caracas, Escuela Militar), publicó numerosos manuales y puede considerarse uno de los pioneros del periodismo científico en Venezuela con su columna «La química ante el futuro», en *El Universal* (1918-1922). Para inicios de la década de 1940 el país vive un proceso de incipiente industrialización. La Segunda Guerra Mun-

de ser un químico checo, Karel Roubicek (1913-2004), que ya había tenido un gran éxito tropicalizando la cerveza tipo Pilsen para Polar, quien diera finalmente con la fórmula. A partir de entonces hacer arepa se vuelve un proceso rápido; de hecho, se rescata su consumo, ya en declive en las ciudades por la complejidad de su elaboración (pilar, remojar, moler y cocinar el maíz). ¿Hay un mejor ejemplo de innovación, tradición y éxito comercial?

La faja millonaria

Venezuela está certificada como poseedora de las mayores reservas de petróleo del mundo, casi 300.000 millones de barriles, la mayor parte de los cuales son crudos pesados y extrapesados de la Faja Petrolífera del Orinoco. Esto, en un planeta donde se agotan los hidrocarburos, le da al país un valor estratégico fundamental, aunque la humanidad avance hacia otras formas de energía. A mediados de la década de 1960 la Corporación Venezolana de Petróleo, primera compañía estatal, y el Ministerio de Minas e Hidrocarburos estaban en una situación parecida a la de General Asphalt cincuenta años atrás: ha-

bían pensado en otorgarle un contrato de servicio a la Shell, pero desconocían la dimensión de los yacimientos. Dos geólogos venezolanos, Hugo Velarde y José Antonio Galavís, fueron comisionados. Los resultados de sus estudios, realizados entre 1965 y 1968, los dejan tan boquiabiertos como a Arnold: calculan que puede haber hasta 200.000 millones de barriles. Al principio los creen locos. Pero todos los estudios posteriores tercamente les han dado la razón: tal parece que el problema de Venezuela no es que se le acabe su petróleo, sino que llegue el momento en el que no halle qué hacer con él.

La famosa mecedora

El diseñador industrial y arquitecto norteamericano Emile Vestuti (1927-1998) se estableció en Venezuela la mayor parte de su vida y desarrolló una obra en varios ámbitos. En 1989, en el taller de Casa Curuba, Quíbor (Estado Lara), produjo por primera vez la mecedora Easy Rocker, que rápidamente se convirtió en un objeto de culto. Hoy se vende internacionalmente y constituye una expresión de otro costado de la innovación y de la industria, el diseño, que hace a las cosas, además de funcionales, hermosas.

Coda

Una sociedad que ofrece ejemplos como éstos, aparentemente tiene más referentes que los de la Magna Gesta para nombrar o renombrar sus realizaciones. Es verdad, la mayor parte de los acá nombrados difícilmente congenian con una cierta visión del socialismo. Pero la creatividad, el trabajo, la honestidad y la imaginación podrían ser, en última instancia, compartidos por todos los modelos. El punto es que la Batalla de El Juncal fue, sin lugar a dudas, un momento de inflexión fundamental en la independencia de América, porque marcó el fin del período de derrotas de los patriotas. Manuel Carlos Piar avanzó hacia Guayana, para conquistar la base de operaciones desde la que se liberó media Sudamérica. Por eso hay que recordarla con orgullo y admiración; por eso hay que usarla de epónimo para que las futuras generaciones la conozcan, pero de un cuartel, una plaza o una avenida. Después de ella ha habido otras historias de talento, valor y victoria que se deben evocar. En fin, hay otros héroes para nombrar lo demás. En alguna medida, Piar peleó por eso. 